

peto y las consideraciones de todas las administraciones del Estado cuando, retirado al hogar doméstico, gozaba de la tranquilidad de una conciencia honrada después de haber llenado todos sus deberes de Ciudadano y de padre de familia.

“En los últimos años de su vida, y merced á sus remarcables méritos, el Sr. Bueñas asumía la respetable investidura de padre del Pueblo Teapaneco.

“¡Cuántas veces fué su casa el asilo de las personas perseguidas en el calor de las pasiones de partido! ¡Cuántas veces, cuando el pueblo sufría hambre por la pérdida de las cosechas, mandó abrir sus graneros para proporcionar pan sin estipendio alguno á las personas necesitadas!

“En estos tiempos de insaciable avaricia, de reconcentrado egoísmo, parece que al hablar de las virtudes del Sr. Bueñas, estamos inventando una leyenda. Pero viven aún, por fortuna, personas que presenciaron los generosos arranques de aquel hombre, honra y prez del suelo tabasqueño.

“Empezó á prestar sus servicios como Regidor del I. Ayuntamiento de Teapa á la edad de diez y nueve años y al cumplir los 21 ya era Síndico de aquella H. Corporación; á los 22 ocupó la Jefatura Política del Partido, á los 25 fué electo Magistrado del Tribunal Superior de Justicia del Estado, y á los 30 empuñó las riendas del gobierno del mismo, cuyo alto puesto ocupaba en 1833 cuando Tabasco se vió invadido por la terrible epidemia del *cólera mórbus*.

“Entonces el Gobernador Bueñas se convirtió en providencia para el pueblo desvalido de esta Capital, y sin temor al contagio se multiplicaba el activo funcionario ya en las Juntas de Sanidad, ya en los hospitales, ya en los barrios de esta población á donde acudía con paternal solicitud á llevar los auxilios facultativos, las medicinas y aún recursos pecuniarios á los atacados y á sus aflijidas familias.

“Concluido su período constitucional, se retiró como Cincinato á labrar sus tierras, pero cuando la injusta guerra Norte-americana de 1846 y 1847 trajo el luto á nuestra Patria, el Sr. Bueñas, mejicano antes que todo, abandonó su retiro del campo y organizando un cuerpo de patriotas se puso bajo las órdenes del Gobernador del Estado.

“El pueblo tabasqueño se veía personificado en el Sr. Bueñas y por eso siempre que trataba de elegir á sus representantes á las altas Cámaras de la Unión, se fijaba en el patriarca de la Sierra, quien mas de una vez fué á México ya como Senador, ya como Diputado por este Estado.

“En las fiestas nacionales en que el pueblo teapaneco rëndía culto á nuestros libertadores, el Sr. Bueñas dejaba oír su autorizada voz desde la tribuna, haciéndose aplaudir.

“Poco ó nada se han cuidado sus descendientes de reunir y conservar sus escritos, y por eso tenemos la pena de no poder formar juicio alguno sobre el particular.

“El 30 de Agosto de 1857 dejó de existir el ilustre hijo de Tabasco en la Ciudad de Teapa, y libre-pensador por excelencia, dispuso días antes de morir que fuese sepultado su cadáver en su Hacienda “Morelia,” sobre una pintoresca colina que domina la parte Sur de dicha finca y que se divisa desde la bella Teapa.

“El sepulcro del Sr. Bueñas, erijido sobre la colina de “Morelia,” es como uno de esos fanales que en los puertos sirven de guía á los que surcan los mares.

“¡Ojalá que el pueblo teapaneco jamás pierda de vista esa colina!”

(42)—El 26 de Noviembre de aquel año (1833) fué cuando comenzó el cólera asiático en San Juan Bautista, por un soldado de

artillería. La noticia cundió por toda la población en la madrugada de ese día, sembrando el espanto entre las familias.

La terrible epidemia hizo tan grandes extragos, que en Cunduacán desaparecieron barrios enteros, como el de la Habana, Cucultiupa y el Bejucal; pero los pueblos de indígenas fueron los que mas sufrieron.

Debemos hacer mención aquí del célebre Dr. Corroy, extranjero que prestó grandes servicios durante la epidemia, llevando su heroico amor al prójimo hasta el extremo de dormir durante muchas noches entre los apestados del lazareto. También el Sr. Gobernador que lo era por aquellos días D. Manuel Bueñas, prodigó su hacienda y los auxilios del gobierno á los enfermos, según cuenta su biógrafo, con un desinterés y una abnegación dignos de la eterna gratitud de nuestro pueblo.

[43]—D. Eduardo Correa, como D. Narciso Santa-María, ambos, hijos de la antes próspera Tacotalpa, fueron dos tabasqueños cuyos nombres han pasado á la posteridad mereciendo el recuerdo y el homenaje constante de la gratitud pública.

Eran aquellos dos ilustres próceres, de ideas políticas avanzadas, tanto como podían serlo en la época en que florecieron, y sus virtudes cívicas sirvieron de saludable ejemplo á la generación enérgica y viril que vino á sucederles inmediatamente, aquella que inició en el país la terrible pero gloriosa lucha sostenida por el liberalismo netamente deocrático, contra el partido conservador ó tradicionalista.

Son, pues, las suyas, dos figuras por demás simpáticas en nuestra historia, sobre todo, la de Santa María que á sus méritos personales unía el prestigio de su abolengo, pues nadie ignora que era hijo del primer abogado tabasqueño, aquel ilustre mártir que, acosado por la calumnia y la envidia de los dominadores españoles, fué á concluir obscuramente sus días, abatido y lleno de honda amargura, en la soledad del campo, lejos de todo trato humano.

Duélenos muy de veras, el no poder dar algunos datos biográficos de Correa y Santa María; pero nuestras pesquisas para allegar siquiera fuesen los mas necesarios, se han estrellado, como siempre, contra la indiferencia, rayana en el mas censurable descuido, de los deudos de dichos personajes, quienes no han podido consagrar un solo momento á la noble tarea de honrar á las suyas, honrando su propio nombre.

Vémonos, en consecuencia, en la imposibilidad de cumplir con un deber que la gratitud nos impone como tabasqueños, dando á conocer los

rasgos mas salientes de la vida de aquellos preclaros hijos de Tacotalpa, contentándonos con dejar en esta página testimonio perdurable de que la ingratitud no reina como absoluta soberana en la patria de los Santa-María y los Correa

[44]—Los acontecimientos del año de 1840, parece que no están reseñados con toda exactitud por nuestro historiador, pues según nos informa un testigo presencial de aquellos, el Sr. D. Eleuterio Pérez Andrade, D. Fernando Nicolás Maldonado no sufrió derrota alguna en Jalapa

Por lo contrario, parece que obtuvo sobre el General Gutiérrez ventajas debidas á una mera casualidad, que le permitieron retirarse en buen orden á Teapa, evitando un encuentro que no hubieran podido resistir sus fuerzas aún no bien organizadas, y salvándose así de un desastre casi seguro.

Oigamos lo que acerca de esto nos dice el Sr. Pérez Andrade en un párrafo de la interesante carta suya que ya en otra parte hemos citado, y que de tanta utilidad nos ha sido para esclarecer ciertos hechos históricos.

“Como me he propuesto al escribir á vdes. esta carta, llenar los vacíos que en su historia dejó el Sr. Gil y Saenz, voy á referir aquí con mas exactitud los acontecimientos del año de 1840. Pronunciado D. Fernando Nicolás Maldonado en Jonuta contra la administración *centralista* del General D. Ignacio Gutiérrez, despues de pasar por Tepetitán y Macuspana, se vino á Jalapa atravesando el rio en la noche y llevándose consigo todas las canoas que estaban de este lado de la población, acampando con sus tropas en la finca “Buena Vista” que fué de D. Salvador Oropeza. El Gral. Gutiérrez con un pié de tropas regulares fuerte de cuatrocientos hombres, que desde hacía dos dias permanecía en los Cacaos, al saber que Maldonado se había movido del rancho “Las Lajas”, emprendió su marcha á las siete de la noche rumbo á Jalapa, distante de los Cacaos tres leguas y media. Llega á Jalapa, no averigua el paradero del enemigo, divide sus fuerzas en dos secciones, éstas se encuentran por rumbos opuestos y sin reconocerse se baten entre sí, mientras Maldonado del otro lado del rio les dirige varios disparos de artillería al grito de ¡viva la federación! y levantando inmediatamente el campo se marcha para Tacotalpa y Teapa, dejando á Gutiérrez burlado y con varios muertos y heridos que sus mismas tropas se hicieron mutuamente. Por este relato verídico verán vdes. que Maldonado no sufrió derrota como afirma el Presbítero Gil y Saenz en la página 186 [\*] de su historia. Tampoco la sufrió en Cunduacán, sino que esquivando el combate se vino por caminos extraviados á poner sitio á la Capital ocupando los barrios y las márgenes del rio sin que en los cuarenta dias durante los cuales la artillería de ambas fuerzas estuvo escombrando los edificios de la ciudad, se declarara la victoria por ninguno de los combatientes, hasta que Maldonado despedido por no poder tomar las trincheras y desalojar á Gutiérrez, levantó el campo y se embarcó para Campeche, dejando comprometidos á sus compañeros de armas.”

[\*] Se refiere á la primera edición.—(N. del E.)

(45)—Derrotados los *federalistas* del Estado, después de la revolución del año cuarenta, algunos de sus jefes se refugiaron en la ciudad de Campeche, y desde allí siguieron conspirando contra el General Gutiérrez. Uno de aquellos gefes, precisamente el que había figurado como iniciador del movimiento, D. Fernando Nicolás Maldonado, trabó conocimiento en dicha ciudad, con D. Francisco de Sentmanat, quien, por desafecto al gobierno español de la isla de Cuba, había sido expulsado de ella.

Sentmanat, que era hombre resuelto y de carácter turbulento y aventurero, se comprometió fácilmente á venir á Tabasco con objeto de promover un nuevo levantamiento contra el gobierno del Estado, entonces Departamento, en connivencia con los guerrilleros que, permaneciendo ocultos en la Chontalpa ó aparentando una sumisión que no podía ser sincera, trabajaban en secreto por revivir la pasada lucha.

En el número de estos jefes se encontraba el capitán D. Francisco Olave, quien había tomado parte muy activa en los acontecimientos políticos de Tabasco á pesar de ser súbdito español, distinguiéndose por sus ideas liberales. De acuerdo con dicho capitán, Sentmanat desembarcó en la barra de Dos-Bocas con treinta hombres enganchados en Nueva Orleans y se reunió con él en Comalcalco, donde Olave contaba con una guerrilla montada igual en número á la pequeña tropa que traía aquel arrojado hijo de Cuba.

Enterado el General Gutiérrez de lo que pasaba, y queriendo ahogar en los comienzos una revolución que prometía ser encarnizada y terrible, destacó contra los sublevados una fuerza expedicionaria compuesta de cuatrocientos hombres, todos veteranos, bien armados y pertrechados.

Enfermo de fiebre se hallaba Sentmanat, en una casa cercana á la iglesia de Comalcalco y sus hombres descuidados, á la sazón que Olave hacía correrías y requisiciones de armas por los vecindarios cercanos, cuando las tropas del gobierno penetraron una mañana en la población. Hubieran sido derrotados y tal vez hechos prisioneros todos los pronunciados, á no ser por el cura que celebraba misa á aquella hora, el cual al volverse hacía sus feligreses para darles la bendición, miró á lo lejos por las últimas casas del pueblo, pues desde la iglesia se domina toda la calle principal de Comalcalco, miró decíamos, los chacós forrados de tela roja y percibió el brillo de las bayonetas de los veteranos de Gutiérrez, y dirigiéndose al sacristán que estaba hincado á sus piés, le dijo: “Avisa á Sentmanat sin perder momento, que el enemigo está entrando en el pueblo,” orden que no se hizo repetir el servidor del altar, yendo á poner al tanto de lo que ocurría á las fuerzas acuarteladas cerca de la plaza.

En el acto Sentmanat con aquella decisión pronta y lúcida que era su más reelevante cualidad de soldado, se puso á la cabeza de quince hombres, dejó otros tantos en el cuartel, y dando un redeo rápido calló sobre los asaltantes por la retaguardia, en momentos en que estos atacaban furiosamente á la tropa del cuartel.

La sorpresa que tan atrevido movimiento causó en las columnas del gobierno y la circunstancia de tener casi todo el parque mojado, por haber recibido algunos momentos antes un copioso aguacero, infundieron gran espanto entre aquellas, espanto que bien pronto se convirtió en pánico, retirándose los asaltantes en desordenada fuga.

Sentmanat, sin embargo, tuvo suficiente prudencia para no aventurarse á salir en persecución de los fugitivos, quienes, derrotados y todo, con solo revolverse sobre sus perseguidores, hubieran arrollado á estos por completo, pues treinta hombres no habrían podido en campo raso y á la descubierta, resistir el choque de cuatrocientos veteranos.

Algunas horas más tarde, llegó Olave con sus ginetes y marchó inmediatamente en persecución de los vencidos, con el fin de hostilizarlos durante la retirada.

Hemos querido referir este episodio con alguna minuciosidad, porque es uno de los más notables en la historia de nuestras revoluciones locales, y porque él dió á conocer en el Estado al famoso aventurero D. Francisco de Sentmanat, quien desde aquella fecha fué respetado y temido por sus enemigos.

(46)—El autor de nuestra historia al ocuparse de los sucesos de Noviembre de 1840, hace mención muy ligera de unas fuerzas tejanas que, según parece, operaban sobre la capital del Estado en combinación con las de Sentmanat; pero no entra en explicaciones, ni dice cómo ni por qué vinieron aquellas fuerzas á Tabasco.

Nosotros, queriendo aclarar este punto, ocurrimos á ancianos respetables que presenciaron los acontecimientos que nos ocupan y nos procuramos algunos periódicos de la época, á falta de archivos en que consultar, y, con todo, apenas si hemos logrado averiguar lo siguiente: Según parece, Sentmanat y los suyos al dirigirse á Tabasco, contrataron algunos buques tejanos para que, secundando sus planes, penetrasen por el Grijalva apoyando sus movimientos. En efecto, el General Anaya vino con algunos barcos de la escuadra de Tejas y fondeó frente á esta ciudad, aunque su presencia fué del todo innecesaria, porque, como dice nuestro historiador, yá el General Gutiérrez se había entendido con Sentmanat.

No obstante esto, hubo que pagar á Tejas, Estado disidente entonces, una indemnización de \$30,000 que por el auxilio prestado por su escuadra se había estipulado de antemano.

(47)—En nuestro constante afán de llenar los vacíos del presente libro, no queremos dejar pasar este período histórico sin copiar una parte de la autobiografía del ilustre patricio D. José Víctor Jiménez, en que están referidos los hechos con entera imparcialidad:

.....  
 "A fines de 1840, cuando la revolución llamada de los Maldonado, por haberla encabezado D. Nicolás en unión de algunos de sus hermanos, fué llamado por el General de división D. Juan Pablo Anaya, para la Junta de Notables que debía reorganizar el Estado conforme á la constitución federal. Desempeñé la primera Secretaría de la mesa que se estableció para dirigir las sesiones de dicha Junta, y por ella fué nombrado tercer miembro del Consejo que debía acompañar al gobernador. Por haberse ausentado el que resultó nombrado, D. Agustín Ruíz de la Peña, y por renuncia del primer consejero D. Pedro Requena, y del segundo D. José Antonio Ibarra, recayó el gobierno en mi persona, teniendo que afrontar yo la azarosa situación en que se hallaba el Estado, logrando reorganizar todos los ramos de la Administración. En la elección que se hizo de gobernador constitucional, obtuve la mayoría absoluta de los votos emitidos, á pesar de que antes de las elecciones despaché correos á mis amigos para que fuese nombrado otro, y no obstante de que los mismos correos llevaban cartas del General Anaya y de otros individuos recomendando á D. Fernando Nicolás Maldonado. Por este tiempo, cuando ya el General Anaya había marchado sobre Chiapas, vino una comisión de Yucatán encabezada por el Dr. D. Justo Sierra con el objeto de promover la erección de una república compuesta de Yucatán, Tabasco y Chiapas; pero no encontré aquí quien secundase esa idea, pues más bien estaba el país dispuesto á reconciliarse con el Supremo gobierno, que por separarse de la unión con México.—Viendo yo elementos de discordia y creyendo que el único medio de evitar sus efectos, era volver á la unión nacional, en una junta privada de las principales personas de mi confianza, propuse dar ese paso, proposición que desgraciadamente fué desechada, por juzgarla indecorosa la mayoría. Persuadido, sin embargo, de su necesidad, lo que decidí é hice fué dejar el gobierno y retirarme á mi finca de campo. Estando en ella, llegaron comisionados de México, entre los que se hallaba el Coronel D. Alonso Fernández, oportunidad de la cual se aprovechó D. Francisco Sentmanat, para arreglar las cosas de un modo favorable á su persona, y no al Estado, logrando el nombramiento de Coronel y de Comandante general y Gobernador. En este período de mi gobierno ocurrieron dos acontecimientos que dan á conocer mis principios en política: el uno es, que al comunicarme el gefe político de Cunduacán, el haber habido en Cárdenas un movimiento popular contra los que habían sostenido el centralismo, enemigos míos todos estos, di desde luego la orden de que el capitán D. José María Centella marchara inmediatamente á dicha población y prendiese á los autores del desorden, los pusiese á disposición del juez de 1ª Instancia é hiciese regresar á sus casas á todos los que huyeron de ellas temerosos del movimiento; todo lo cual se cumplió exactamente y quedó restablecido el orden: fué el segundo, cuando hechos prisioneros D. Fernando Nicolás Maldonado y su hermano D. Eulalio, y sabiendo en mi finca de campo en donde me hallaba, que se trataba de fusilarlos, bajé inmediatamente para hacerme cargo del gobierno. Viendo que la opinión general estaba dispuesta á secundar ese intento, me puse de acuerdo con el Vicegobernador

tos del Estado así como cinco piezas de artillería que fueron entregadas al Guarda-Almacén de la brigada.

Las únicas poblaciones á las que no se exigió el desarme, fueron Tacotalpa, Macuspana, Jonuta y Balancán, que no habían mandado contingente de sangre al gobierno de Sentmanat, ya porque no tuvieron tiempo para hacerlo, ya porque no fueron adictas á la administración de aquel.

A primera vista parece que el ataque á esta plaza llevado á cabo por Ampudia fué poco justificado, puesto que, como quiera que fuese, Sentmanat era el Gobernador del Departamento, reconocido como tal por el Gobierno de la República. Pero hay que tener en cuenta que el repetido Sentmanat había desobedecido una orden de aquel Gobierno, el que, aunque nacido de una facción, como casi todos los de aquel período histórico, era sin embargo la suprema autoridad política constituida y reconocida por la Nación, con pocas excepciones.

El Gobierno Central obró, en consecuencia, de acuerdo con las leyes que entonces regían, al ordenar la ocupación del Departamento por las fuerzas del General Ampudia, con el secreto designio de reducir á la obediencia á un Gobernador en cierto modo rebelde.

Además, debe tenerse presente que Ampudia agotó todos los recursos de la persuasión para arreglar las cosas amigablemente con Sentmanat; habiendo aquel jefe celebrado la última conferencia con éste en la casa del Cónsul español D. Pablo Sastré y Mazas, una hora antes de que se rompieran las hostilidades; de manera que no puede tachársele de precipitado y poco juicioso. Indudablemente que á Sentmanat se le hacía duro el dejar el mando y no por otra causa se negaba á todo arreglo, comprendiendo como comprendía que su autoridad cesaría con la ocupación de la plaza por las fuerzas expedicionarias, y es poco probable que solo por librar al Departamento de la infección del vómito, haya organizado y hecho una defensa tan tenáz de sus posiciones.

D. Niceto de Zamacois, en su Historia de México, Tomo XII, Capítulo IV, describiendo el estado que guardaba la Nación en la época á que nos estamos refiriendo, dice:

“Empezaba el año de 1841. Abiertas las cámaras el día 1º de Enero, se presentó el presidente de la República D. Anastasio Bustamante á manifestar, en un razonado discurso, el estado en que se hallaba el país y las dificultades con que había luchado el gobierno para desarrollar sus proyectos en beneficio de la nación que le había honrado elevándole al primer puesto de la república. El cuadro, por suave que fuese el colorido con que se procurase presentar los puntos de mayor interés, siempre tendría que aparecer sombrío y triste. Las conspiraciones continuaban; Yucatán, triunfando de las tropas del gobierno, como queda referido, se había separado, imitándole Tabasco; se carecía de re-

curso para enviar una expedición que los volviese al orden; el erario se hallaba exhausto, paralizado el comercio, abatida la industria, arruinada la agricultura, y Tejas continuaba independiente.

“Pronto á éstos males se agregó otro no menos terrible. Los indios bárbaros que hacen una vida errante en los inmensos terrenos próximos á la frontera de la república de Méjico, penetraron en los territorios de Durango, Chihuahua, Colima y Nuevo-León, incendiando los campos, robando el ganado, matando á cuantos encontraban y reduciendo á cenizas hasta las más miserables chozas de los campesinos. Durante el gobierno español, los presidios, distribuidos en puntos convenientes, habían sido la barrera insuperable que les llegó á impedir que hicieran irrupción alguna; pero habiendo quedado abandonados esos presidios desde que las luchas civiles impidieron á los gobiernos de la república mejicana atender á todas las necesidades de la sociedad, las feroces tribus apaches penetraron destruyendo cuanto no podían llevarse, y conduciendo cautivos á centenares de niños y mujeres. Las hordas salvajes se presentaron haciendo los mismos estragos en las inmediaciones del Saltillo, y por todos los puntos de la frontera se dejaban ver, llevando el incendio, el robo, la muerte y el cautiverio. Una carta, escrita en Monclova el 20 de Enero de 1841, pintaba las escenas horrorosas verificadas por los indios bárbaros que por aquel rumbo se habían lanzado como un torrente desbordado. “Los indios,” se dice en ella, “llegaron hasta las haciendas del Salado, departamento de San Luis Potosí, á Bonanza, al de Zacatecas, volviéndose por el Saltillo, y en su tránsito mataron como trescientas personas, llevándose como cien cautivos.... Del Saltillo al Salado incendiaron casas y cargamentos que venían en camino, y temo haya yo tenido esa desgracia con lo que se me remitía de esa ciudad y de San Luis, pues no he tenido la más leve noticia de su paradero.” En el periódico “El Cosmopolita” del 27 del mismo Enero, tomando la noticia de una carta que habían recibido sus redactores, decía: “Que una partida de indios, distinta de la que llegó al punto del Tanque, distante cinco leguas del Real de Carorce, hizo ochocientas víctimas, y se llevó doscientas mujeres prisioneras.” Estas mismas funestas noticias se presentó á darlas á conocer el ministro de la guerra D. Juan Nepomuceno Almonte á la cámara de diputados en la sesión del día 3 de Febrero.”

Mas adelante describe como sigue la venida del General Ampudia á nuestro Estado.

“El presidente D. Antonio López de Santa-Anna despachó una orden al general D. Pedro Ampudia diciéndole que pasase con sus tropas al departamento de Tabasco, para evitar la mortandad que el clima de Yucatán pudiera causar en ellas.

“El general D. Pedro Ampudia, en virtud de la disposición recibida de su gobierno, pasó con su división á tomar cuarteles en Tabasco; pero se encontró con una novedad inesperada. El gobernador de aquel departamento, D. Francisco de Sentmanat, opuso la más obstinada resistencia, abrigando sin duda miras ambiciosas que le colocasen fuera de la dependencia de otro y le perpetuasen en el mando. Tanto D. Francisco Sentmanat como D. Pedro Ampudia eran habaneros de nacimiento, al servicio de Méjico, y por lo mismo trató el segundo de hacer desistir al primero de su resistencia; pero Sentmanat, resuelto á rebelarse contra el gobierno, armó al pueblo, reunió la tropa que estaba á sus órdenes, y presentó batalla el 11 de Julio, á las tropas mandadas por Ampudia. El punto que había elejido Sentmanat era muy fuerte y ventajoso para él y lo tenía defendido con once piezas de artillería. Sentmanat era de gallarda presencia, valiente, notable duelista, de figura simpática, de palabra persuasiva y en extremo activo. Su voz había enardecido los ánimos de las tropas que mandaba, y despertado el deseo del combate. El general

Ampudia desembarcó con novecientos hombres que dividió en tres columnas, la de la derecha al mando del general graduado D. José María Sandoval, la de la izquierda al del coronel D. Nicolás Tellez, y dirigida la del centro por el mismo general Ampudia. El ataque fué terrible y obstinada la resistencia; pero al fin el triunfo quedó por las tropas del gobierno, y la gente de Sentmanat emprendió la fuga á los montes para salvarse. Toda la artillería, muchísimos fusiles y cuantas municiones de guerra tenían, cayeron en poder de los soldados de Ampudia. Restablecido el orden, este general puso nuevas autoridades adictas al gobierno, y aquel departamento quedó tranquilo y entregado al comercio. D. Francisco Sentmanat logró huir á los Estados Unidos, donde le veremos fraguando nuevas maquinaciones para encender la guerra en la república mexicana que le había colmado de distinciones."

Estos mismos hechos están referidos en el Tomo IV de la obra intitulada "México á través de los siglos," Capítulo IX, de la manera siguiente:

"Ampudia, para cumplir su compromiso de desocupar de fuerzas mexicanas el territorio yucateco, obtuvo del gobierno de Santa Anna orden para tomar cuarteles en el departamento de Tabasco, so pretexto de evitar la mortandad con que la insalubridad de aquella costa amenazaba á sus tropas; pero don Francisco Sentmanat, gobernador y comandante general de dicho departamento de Tabasco, que había convertido en feudo suyo, administrándole á su capricho y casi sin sujeción alguna á las leyes generales de la República, negó á Ampudia autorización para pasar allí, pretextando que se seguirían males sin cuento á sus gobernados, no siendo el menor el de que la permanencia de la división en su territorio traería gastos que no podría cubrir, por efecto de la pobreza y miseria comunes. Ampudia contestó que su caja militar estaba abundantemente provista para que no pudiese abrigarse ese temor, pero Sentmanat insistió en su negativa, exponiendo que no respondería de la paz pública si los mexicanos pasaban á Tabasco. Ampudia despreció la amenaza, y en la mañana del 5 de Julio salió de villa del Carmen embarcando sus dos mil hombres en cuatro buques de guerra y nueve transportes. En la mañana del 6 avistó la barra; los dos fortines que defendían su entrada fueron puestos á su disposición por el capitán de Acayúcan D. Nicolás Oropeza, encargado por Sentmanat de impedir la entrada del río, y Ampudia con la goleta *Libertad* y otros transportes menores pudo avanzar contra la corriente, dejando mar afuera el resto de sus buques en espera de que subiese la marea. Tres días empleó en dominar las vueltas y rápido curso del río; el 10 fondeó á tiro de pistola de los portales de San Juan Bautista. Sentmanat procuró por medio del Coronel D. Félix Zuloaga y el licenciado D. Mariano Brito convencer á Ampudia de que debía esperar órdenes del gobierno de México en la villa de Frontera, y como aquel jefe no se prestase á ello solicitó de él una entrevista, que se verificó en tierra á la orilla de la población, (\*) en la mañana del 11. Nada pudieron convenir, y como Sentmanat decidiese no pasar por la permanencia de la división en Tabasco, á las tres en punto de la tarde Ampudia desembarcó su gente, y en menos de media hora puso sobre la orilla novecientos hombres y dos piezas ligeras, única fuerza de que pudo disponer por haber quedado el resto río abajo: con ella organizó tres columnas que ocupasen las alturas de Esquipulas y la Encarnación, guarnecidas con ochocientos hombres y once piezas por Sentmanat. Pocos minutos, según dice Ampudia en su parte oficial, bastáronle para desa-

(\*)—Dicha conferencia no se celebró en la orilla de la población, sino en una casa de la calle de Juárez que ocupan hoy con su cigarrería los Sres. González Hermanos, perteneciente entonces al Cónsul español.

lojar al enemigo y ponerle en fuga, (\*\*) dejándole incapáz de volver á la pelea: por más de dos leguas siguió en su persecución; la falta de caballería impidió que Sentmanat y sus principales cómplices hubiesen caído en poder de Ampudia, quien se hizo dueño del Departamento y le organizó interinamente, encargando del gobierno político á D. José Julián Dueñas, decano de la junta departamental, y confiando la comandancia al general D. José María Sandoval."

Como se vé los historiadores no están de acuerdo ni siquiera en el origen y causa de los sucesos á que nos estamos contrayendo; pues mientras que el primero de los citados asegura que el repetido general Ampudia vino á Tabasco acatando órdenes espontáneas del Presidente de la República, afirmase en la segunda obra, que fué escrita en presencia de documentos oficiales y bajo la dirección del insigne historiógrafo general D. Vicente Riva Palacio, que Ampudia solicitó y obtuvo la indicada comisión.

Todo lo relacionado induce á creer, en conclusión, que no reinando verdadera armonía entre el Gobierno general y el local que presidía Sentmanat, solo se buscó un pretexto cualquiera para separar á este último de la gobernación del Departamento, y no pudiéndose escapar á la perspicacia del mismo Sentmanat el verdadero móvil del Gobierno General, se aferró como hemos visto á su primera resolución de no dar cuarteles á la brigada que conducía el General Ampudia, la cual, por otra parte, bien podía haberlos tomado en el puerto de Frontera, mientras estaba en aptitud de continuar su marcha para Veracruz,

En lo que sí obró Ampudia como aquellos salvajes conquistadores de la antigüedad que no dejaban piedra sobre piedra, fué al ordenar el bombardeo de esta Capital: inútil alarde de fuerza y falta de que nunca pudo sincerarse dicho Jefe, por lo demás bastante prudente cuando luchaba con enemigos que creía por algun concepto superiores á él.

(49)—El mismo desacuerdo que advertimos en la nota anterior entre el historiador Zamacois y los autores de la obra intitulada "México á través de los Siglos," al referir los sucesos relativos á Tabasco del año de 1843, existe al ocuparse los indicados historiadores del trágico desenlace que tuvieron aquellos en Junio de 1844.

Oigamos al primero de los autores citados, en el Tomo 12, capítulo V.

"Entre tanto, una nueva expedición había salido de Nueva-Orleans con objeto de invadir el departamento de Tabasco. El jefe de aquella expedición era D. Francisco Sentmanat, á quien vimos antes refugiarse en los Estados Unidos, después de haber sido derrotado en el mismo Tabasco por las tropas mejicanas al mando del general Ampudia.

(\*\*)—Inexacto; el combate, según testigos que aún viven, duró más de dos horas, desde la una y media hasta cerca de las cuatro de la tarde.

Sentmanat se embarcó en la goleta norte-americana Williams Turnez, en unión de otros aventureros, y se dirigió á Tabasco, en la firme convicción de que aquel departamento se uniría á su plan, desconociendo al gobierno de Santa-Anna. La expedición salió de los Estados-Unidos en pleno día, y llegó á su destino sin novedad ninguna. Sentmanat, sus compañeros y los soldados que les seguían, saltaron á tierra, y se dispusieron á llevar á cabo su empresa; pero pronto se vieron atajados en ella. Apenas habían puesto los piés en tierra, cuando se vieron acometidos por las tropas del gobierno. Sentmanat, á pesar de su valor, tuvo que rendirse con todos sus compañeros, y fué sentenciado á ser pasado por las armas. Aquel hombre de arrogante figura, aquel hombre que poco antes soñaba con un triunfo seguro, se encontró de repente próximo á sufrir la muerte. Sentmanat era casado, tenía una esposa altamente virtuosa y bella que le idolatraba, y tenía hijos queridísimos, á los cuales no volvería á ver. Dominado por el dulce cariño de esposo y de padre, suplicó le permitiesen escribir á la tierna compañera de su vida, y habiéndole concedido la gracia que pedía, escribió á su esposa una carta llena de sentimiento, una carta conmovedora, dictada por los afectos más tiernos del alma, donde le daba el último adiós y donde le recomendaba el cuidado y la educación de sus amados hijos. Escrita esta carta, fué inmediatamente fusilado. La captura de Sentmanat y de sus compañeros, dejó tranquilo al departamento de Tabasco."

Hé aquí cómo se reseñan los mismos hechos en el tomo IV, capítulo IX de "México á través de los Siglos."

"Contribuyó al mayor lucimiento de esas fiestas (13 de Junio, el cumpleaños de Santa-Anna,) el regocijo con que se supo que el departamento de Tabasco se preparaba á rechazar una invasión filibustera salida de Nueva-Orleans, al mando de D. Francisco Sentmanat, víctima que, como ya sabemos, había sido de su compatriota el habanero D. Pedro Ampudia. A fines de 1840 Sentmanat se presentó en aquel Departamento, tomando parte activa con los revolucionarios que en esa época dominaban en Tabasco: aceptado después por Santa-Anna, que le nombró gobernador y comandante general, vivió dueño absoluto de aquella porción del país hasta el 11 de Julio de 1843 en que lo derrotó y puso en fuga D. Pedro Ampudia. Sentmanat tomó el rumbo de la Habana, lugar de su nacimiento, en donde sólo permaneció algunos días, pasando á Nueva Orleans, en cuyo punto reunió, según los papeles de la época, "unos cuantos soldados desertores del infante D. Carlos, varios tejanos enemigos de la República, y un puñado de extranjeros sin patria ni hogar," y con ellos concertó el invadir el departamento de Tabasco. Seguimos en esta relación los partes oficiales de D. Pedro Ampudia, fechados el 13 y 15 de Junio. A las cinco de la tarde del día 7 recibió dicho Ampudia, gobernador de Tabasco, el parte en que se le comunicaba que Sentmanat había conseguido desembarcar en las playas del Departamento, y á las diez de la noche se puso en marcha con fuerzas que estimó competentes. A las diez de la mañana del 8 llegó al pueblo de Nacajuca, donde aumentó su tropa con los auxilios de Cunduacán: supo allí que Sentmanat había estado y retirándose de Tecoluta, y suponiendo que su intención fuese lanzarse sobre Comalcalco, donde gozaba de extraordinaria influencia y tenía muchos parciales, determinó esperarle allí, acampando fuerzas de observación en Jalpa. El comandante Castro fué á encontrar á los invasores á inmediaciones del paraje nombrado *Ahoga-gatos*, y cargándoles impetuosamente á la lanza, los precisó á internarse en los espesos bosques próximos. Ampudia acudió con todas sus fuerzas al citado paraje de *Ahoga-gatos* y penetrando en los bosques logró dispersar á los aventureros y capturar algunos. Todo quedó reducido á aprehender á Sentmanat, impidiendo que pudiese escaparse por Huitalpa. A las once de la mañana del 14, el capitán D. Luis del Toro y el comandante D. Nicolás Oropeza, presentaron á Am-

podía al desventurado Sentmanat, que fué conducido prisionero al curato de Jalpa, donde se le tomó declaración: dijo en ella "haberse embarcado en Nueva-Orleans en la goleta americana mercante *Williamton*, su capitán Mr. Petit, con dirección á Honduras: vientos contrarios y la fuerza de las corrientes lo llevaron frente á Laguna, de donde le sacó un fuerte *terral* que hizo volver el buque al mar y le arrojó sobre la barra principal de Tabasco, donde descubrió dos buques de guerra nacionales cuya persecución procuró evitar: persuadido de que esto no le sería posible, obligó al capitán de la goleta á embarrancar en cualquier punto de la costa, como lo verificó entre Chiltepec y la Barra: embarrancado el buque, hizo poner en tierra la gente que venía á bordo y le acompañaba con objeto de ir á colonizar en Centro América, en la inteligencia de que la mayor parte se echó al agua por no haber en el bote, habiendo llegado él solo á tierra: dijo también que si había desembarcado en las playas de la República, había sido por una casualidad, pues protestaba, bajo su palabra de honor, no haber traído tal intención, como podría probarlo el despacho del buque: añadió que ignoraba el número y clase de gentes y armas que conducía el buque, y á la pregunta de qué motivo tuvo para batir en *Ahoga-gatos* á las tropas del gobierno, respondió que venía delante de unos cuantos de los relacionados colonos, cuando al presentársele una partida de lanceros le fué imposible contener la acción de unos y otros, á pesar de sus esfuerzos, á cuyo tiempo se introdujo en el bosque, por cuya razón no vió ni mandó sostener el fuego, y que cuanto hicieron los que le acompañaban fué arbitrariamente." "Convencido entonces, dice Ampudia en su parte, de que estaba yo reducido á proceder según el espíritu y letra del decreto de 17 de Junio de 1843, le concedí el tiempo necesario para que otorgase su disposición testamentaria y recibiese los auxilios espirituales de la religión, para hacerlo pasar por las armas, según el mandato de la ley, lo que tuvo efecto á las doce del día. Aquel hombre, aterrado por la proximidad de su fin, entró en una especie de frenesí, cuyas exclamaciones y gritos no dejaron de hacer alguna impresión en el ánimo de los auxiliares que formaban el cuadro, sus antiguos camaradas, cuando no contaba yo más que con una veintena de soldados de confianza: pero se hizo la ejecución, y después de estar algunos momentos depositado el cadáver en lugar sagrado, ordené se condujese á San Juan Bautista, para que fuese puesto á la espectación pública, como resultado del justo castigo con que la sociedad se ha purgado de un malvado que se había puesto en guerra abierta con ella y se satisficiera el pueblo de no existir el objeto de sus temores, la causa de su inquietud." Ampudia hablaba contra sus propias convicciones en la última frase de este párrafo de su parte, pues inmediatamente después de él ponderando el valor de su victoria, dice: "Los males sin cuento que los pueblos de Tabasco hubieran reportado, de conducir á puerto el finado Sentmanat su atrevida intentona, sólo pueden concebirse de la audacia casi feróz que mostró hasta en sus últimos momentos, dando vítores á la Federación, apellidando al Estado de Tabasco, sus servicios, etc., en circunstancias tan poderosas como las que proporciona un terreno sembrado de afecciones hácia él, y simpatías muy remarcables..." Ampudia, habanero como Sentmanat, ansioso de adquirir importancia é influencia en su nueva patria, ponderando la cuantía de su triunfo, abusó cruelmente de él fusilando en los días 17, 18 y 19 de Junio á treinta y ocho individuos de los cincuenta y tres que había hecho prisioneros, contándose entre ellos la tripulación del buque, que en las primeras diligencias es nombrado el *Williamton*, y en las sucesivas el *William Turner*.—Pero el horror de aquellos castigos, contra los cuales reclamaron los ministros de Inglaterra, Francia, España y Prusia, se aumentó hasta la pavora al recibirse en México el *Boletín* de Santa Anna de Tamaulipas, correspondiente al 29 de junio, que contenía un artículo titulado: *La cabeza de Sentmanat frita en aceite*, que concluía con esta noticia: "El cadáver ha permanecido colgado doce